

El Nuevo Tiempo

Intereses generales.-Cultura.-Educación.-Ciencias y Letras

Volumen Primero

Panamá, 2 de Septiembre de 1923

S

.-No. 9

UNIVERSIDAD DE PANAMÁ
BIBLIOTECA

Disciplina y Libertad.-*Jesús*

Semprúm..-Labor y significación de la or-

ganización internacional del trabajo.-*Albert Thomas.*

La decadencia de la civilización moderna.-*William D. Foulke.*

(Conclusión)-Política mundial.-*Frank H. Simonds*-El nuevo gabinete sueco.

Sergio de Chessin..-La cuestión flamenca.-*A. L.*-El alquimis-

ta de Querétaro.-*Juan Dorcieres*-Semblanza y Poe-

sías de Juana de Ibarbourou.-Noticias

Mundiales.-*Juan Rivera R.*

10 centavos oro el número

Un dollar el trimestre

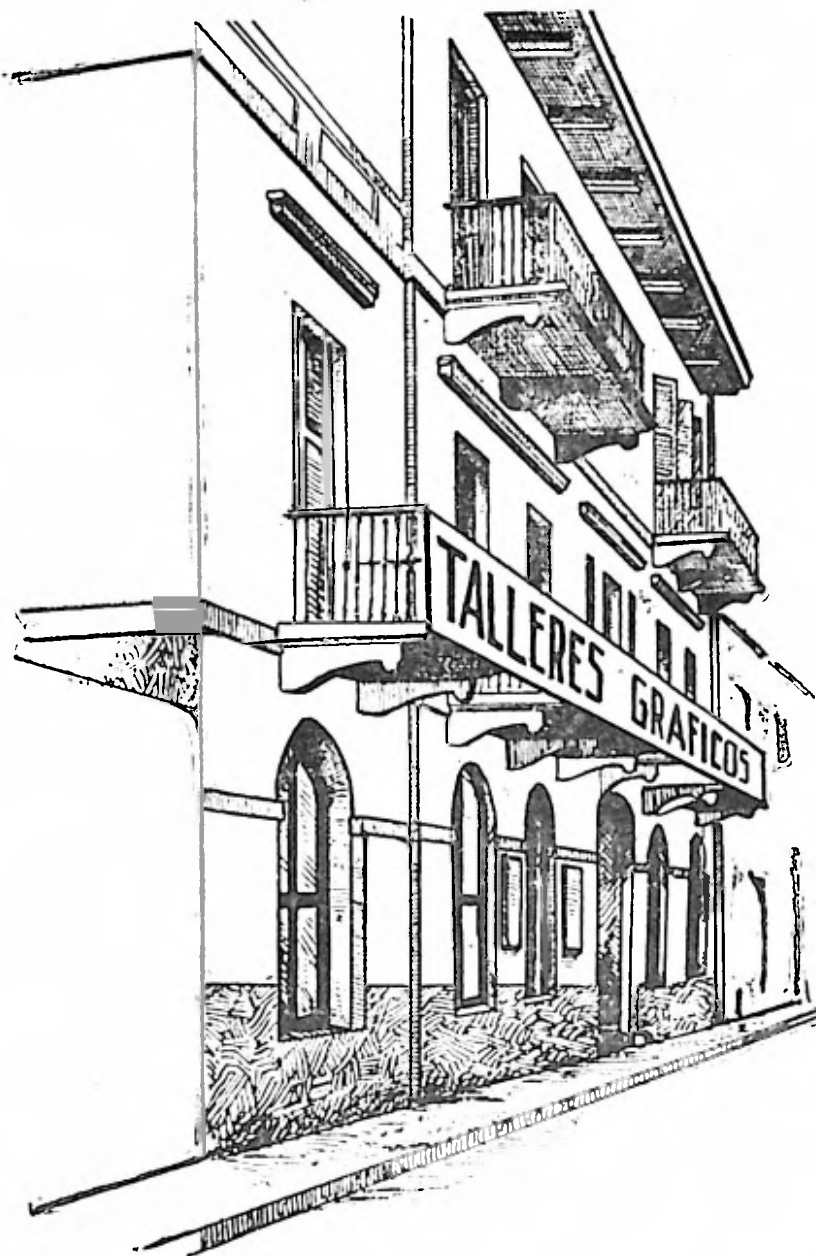
SALE SOLO LOS DOMINGOS

TALLERES GRAFICOS

Panamá, R. de P.

LOS TALLERES GRAFICOS

SITUADOS EN LA AVENIDA NORTE NUMERO 18



Son HOY POR HOY
los únicos en
su género
en todo
el Istmo.

Nuestros precios no son
los más bajos, pero
corresponden siempre a
la calidad de los traba-
jos que hacemos.

Los mejores libros, fo-
lletos, periódicos
y revistas,

Los mejores trabajos
artísticos y de fantasía
etiquetas, menús, pro-
gramas, rayados, &, &

SE HACEN EN LOS

TALLERES GRAFICOS

Visítenos o pida un muestrario al teléfono 165.--Por correo: Apto. 325

DISCIPLINA Y LIBERTAD

Jesús Semprún

EL fascismo va cobrando más importancia de la que solían atribuirle hasta hace poco sus mismos partidarios, favorecido como se encuentra por las actuales condiciones en que vive Europa; y tanto más porque cuenta, al parecer, con abundantes y convincentísimos medios pecuniarios para sostener su propaganda la cual cae en el campo fértil y propicio de los espíritus estragados por la guerra. El fascismo se parece a la santa alianza de hace un siglo, con la diferencia de que sus jefes, en vez de ser los monarcas absolutos de cien años atrás, son los magnates industriales y los patriotas de nuestros días. Como antaño a los viejos reyes, aterrados por la furia de la revolución, a los nuevos amos del mundo occidental los desazona y consterna la palabra libertad. Nada menos que Benito Mussolini, el conlotiero de camisa negra, sumo sacerdote del fascismo, dictador de Italia, proclama categóricamente en la revista fascista "Gerarchia", que la libertad es el gran peligro, el gran error y el gran crimen del género humano, y que cuando desaparezca de la luz del planeta todo rastro de libertad y todo anhelo de conseguirla, habremos llegado a la tierra prometida, regada por arroyos de leche y miel. "Todos cuantos no estén ofuscados por el dogmatismo"—escribe—"se dan cuenta de que los hombres están cansados de la libertad".

Mussolini escribió ese artículo de "Gerarchia" para refutar ciertas opiniones liberales promulgadas recientemente en "Corriere della Sera". Mussolini dice que el liberalismo no es la última palabra en materia de gobierno, y que si bien es cierto que a las gentes del siglo pasado les parecía el liberalismo cosa excelente como doctrina política, hoy es ya inútil y aun pernicioso. "Los sucesos del período posterior de la guerra—dice—denotan el fracaso del liberalismo. Se ha demostrado, en Rusia y en Italia, que es posible gobernar lejos, por encima y contra las ideas liberales". ¿Los sucesos del período posterior a la guerra sólo? Siglos enteros de historia asiática atestiguan lo mismo, y casi toda la historia de Europa; hasta el siglo diecinueve, es la historia del despotismo minuciosamente organizado, del despotismo que, al través de una larguísima experiencia de centurias, fracasó en sus aspiraciones de darles a los pueblos la ya fatigada sino tranquilidad y orden a fin de poder gobernar despóticamente en paz. Ahora, después de un breve ensayo de libertades, no muchas ciertamente ni muy amplias, se declara que la libertad, esa libertad precaria y mezquina, tiene la culpa de los desastres que afligen a Europa. Porque ni el comunismo ni el fascismo, los dos polos políticos de hoy, quieren nada con la libertad. El dictador de Italia opina, naturalmente, que la libertad no es un fin sino un medio, un medio para alcanzar, o contribuir a alcanzar la "felicidad de los pueblos", y da por rentado que ese medio fracasó ya, sin perdonar lo de que nunca se le empleó en todo lo que conocemos de la historia. Para él la libertad no es la doncella casta y severa por la cual lucharon y sufrieron las generaciones del siglo diecinueve; "otras palabras ejercen mayor fascinación sobre los jóvenes intrépidos y turbulentos que asisten al amanecer de una nueva historia": esas palabras son: orden, jerarquía y disciplina". Parecen esas palabras de un periodista oficial de ciertos países de nuestra América. El es, por supuesto, el gran ordenador, el gran jerarca y el gran sargento de Italia. "El fascismo",—añade—no tiene miedo de declararse liberal ni antiliberal. Ha pisoteado ya, y volverá a pisotearlo,

si es menester, el cadáver podrido de la diosa libertad". Más claro no canta un gallo, y los defensores del fascismo tendrán que renunciar ahora a las vagas y confusas declamaciones en que prorrumpen cuando se les tacha de liberticidas. Tenemos que reconocer que Mussolini no es hombre de hipocresías, virtud rarísima en un político de profesión.

Lo malo es que sea un dictador quien declare que la libertad es un cadáver pestilente. Aunque no todos tienen la audacia de divulgarlo, ese es el credo de todos los dictadores. Mussolini, como dictador tiene que alegar que ningún gobierno subsiste por el consentimiento de los gobernados si no apela, para sostenerse, al empleo de la fuerza. La fuerza es, pues, el origen y el sostén legítimo de los gobiernos. Pocas veces se había declarado con mayor arrogancia el desprecio a la opinión del pueblo, el respeto de la cual es uno de los artículos de fe del siglo diecinueve. Estas palabras, que anuncian a los presuntos esclavos la inauguración de la servidumbre, han sido repetidas con entusiasmo en varias partes del mundo. Pero lo que asusta no es que Mussolini lo diga sino que haya muchedumbres que lo aplaudan. Se han dado casos en que las multitudes clamen por las cadenas de la esclavitud como la mayor bendición de los cielos propicios. Tal sucedió en España bajo el "deseado" Fernando, contra el cual combatieron los hispanoamericanos hace un siglo. Esto que Mussolini ha proclamado con franqueza que hay que agradecerle, es la verdad viva que late en el corazón de muchos hombres de hoy. Los extremos se tocan y, así como el dictador italiano, los revolucionarios rusos renlegan de la libertad, con la diferencia de que los rusos no la consideran como un cadáver putrefacto y declaran que la dictadura comunista es un paso previo, indispensable para alcanzar la libertad: siguen considerando la libertad, no como un medio, sino como un fin, como algo sin lo cual son imposibles o precarias la dicha y la civilización del hombre. Para Mussolini y para todos los fanáticos antiliberales de hoy día, los fines últimos de la humanidad son el orden y la jerarquía.

Se dice que los pueblos de Europa están ahitos de libertad. ¿Dónde y cuándo se hartaron? El siglo XIX, contra el cual se lanzan ahora befas y maldiciones, no fué un siglo de libertades sino un siglo de lucha por la libertad. Luchas en toda América y en Europa. La guerra de 1914 fué en cierto modo una guerra por la libertad. Muchos de los que alguna vez defendimos a las potencias aliadas lo hicimos porque creíamos que el triunfo del imperialismo alemán, con su "orden" y su "jerarquía", significaba sin remedio el orden por la fuerza y no por la libertad, la inmolación del individuo al estado, la disciplina de Europa y quizás del mundo bajo el látigo de unos cuantos malvados y de unos idiotas que se decían representantes de Dios. No sospechamos que el espíritu absolutista y kaiserista triunfaría de todos modos. Porque a lo que asistimos es a la victoria de lo que llamábamos el espíritu prusiano, el espíritu que, ahora triunfante, se apresura a erigir absolutismos reuerosos sobre las ruinas que sembró la guerra. ¿Cómo puede cansarse la humanidad de una cosa que no ha probado nunca? No hubo en todo ese siglo XIX libertad bastante para calmar la sed de un solo esclavo. El alarido de Mussolini es falaz. Tal vez los pueblos estén fatigados de los sobresaltos, de las violencias, de los sacrificios aparentemente inútiles en la lucha por la libertad, y por eso se acogen

DISCIPLINA Y LIBERTAD

Jesús Semprún

EL fascismo va cobrando más importancia de la que solían atribuirle hasta hace poco sus mismos partidarios, favorecido como se encuentra por las actuales condiciones en que vive Europa; y tanto más porque cuenta, al parecer, con abundantes y convincentísimos medios pecuniarios para sostener su propaganda la cual cae en el campo fértil y propicio de los espíritus estragados por la guerra. El fascismo se parece a la santa alianza de hace un siglo, con la diferencia de que sus jefes, en vez de ser los monarcas absolutos de cien años atrás, son los magnates industriales y los putriotas de nuestros días. Como antaño a los viejos reyes, aterrados por la furia de la revolución, a los nuevos amos del mundo occidental los desazona y consterna la palabra libertad. Nada menos que Benito Mussolini, el condottiero de camisa negra, sumo sacerdote del fascismo, dictador de Italia, proclama categóricamente en la revista fascista "Gerarchia", que la libertad es el gran peligro, el gran error y el gran crimen del género humano, y que cuando desaparezca de la faz del planeta todo rastro de libertad y todo anhelo de conseguirla, hubremos llegado a la tierra prometida, regada por arroyos de leche y miel. "Todos cuantos no estén ofuscados por el dogmatismo"—escribe—"se dan cuenta de que los hombres están cansados de la libertad".

Mussolini escribió ese artículo de "Gerarchia" para refutar ciertas opiniones liberales promulgadas recientemente en "Corriere della Sera". Mussolini dice que el liberalismo no es la última palabra en materia de gobierno, y que si bien es cierto que a las gentes del siglo pasado les parecía el liberalismo cosa excelente como doctrina política, hoy es ya inútil y aun pernicioso. "Los sucesos del período posterior de la guerra—dice—denotan el fracaso del liberalismo. Se ha demostrado, en Rusia y en Italia, que es posible gobernar lejos, por encima y contra las ideas liberales". ¿Los sucesos del período posterior a la guerra sólo? Siglos enteros de historia asiática atestiguan lo mismo, y casi toda la historia de Europa; hasta el siglo diecinueve, es la historia del despotismo minuciosamente organizado, del despotismo que, al través de una larguísima experiencia de centurias, fracasó en sus aspiraciones de darles a los pueblos la ya felicidad sino tranquilidad y orden a fin de poder gobernar despóticamente en paz. Ahora, después de un breve ensayo de libertades, no muchas ciertamente ni muy amplias, se declara que la libertad, esa libertad precaria y mezquina, tiene la culpa de los desastres que afligen a Europa. Porque ni el comunismo ni el fascismo, los dos polos políticos de hoy, quieren nada con la libertad. El dictador de Italia opina, naturalmente, que la libertad no es un fin sino un medio, un medio para alcanzar, o contribuir a alcanzar la "felicidad de los pueblos", y da por sentado que ese medio fracasó ya, sin percatarse de que nunca se le empleó en todo lo que conocemos de la historia. Para él la libertad no es la doncella casta y severa por la cual lucharon y sufrieron las generaciones del siglo diecinueve; "otras palabras ejercen mayor fascinación sobre los jóvenes intrépidos y turbulentos que asisten al amanecer de una nueva historia: esas palabras son: orden, jerarquía y disciplina". Parecen esas palabras de un periodista oficial de ciertos países de nuestra América. El es, por supuesto, el gran ordenador, el gran jerarca y el gran sargento de Italia. "El fascismo", añade—no tiene miedo de declararse liberal ni antiliberal. Ha pisoteado ya, y volverá a pisotearlo,

si es menester, el cadáver podrido de la diosa libertad". Más claro no canta un gallo, y los defensores del fascismo tendrán que renunciar ahora a las vagas y confusas declamaciones en que prorrumpen cuando se les tacha de liberticidas. Tenemos que reconocer que Mussolini no es hombre de hipocresías, virtud rarísima en un político de profesión.

Lo malo es que sea un dictador quien declare que la libertad es un cadáver pestilente. Aunque no todos tienen la audacia de divulgarlo, ese es el credo de todos los dictadores. Mussolini, como dictador tiene que alegar que ningún gobierno subsiste por el consentimiento de los gobernados si no apela, para sostenerse, al empleo de la fuerza. La fuerza es, pues, el origen y el sostén legítimo de los gobiernos. Pocas veces se había declarado con mayor arrogancia el desprecio a la opinión del pueblo, el respeto de la cual es uno de los artículos de fe del siglo diecinueve. Estas palabras, que anuncian a los presuntos esclavos la inauguración de la servidumbre, han sido repetidas con entusiasmo en varias partes del mundo. Pero lo que asusta no es que Mussolini lo diga sino que haya muchedumbres que lo aplaudan. Se han dado casos en que las multitudes clamen por las cadenas de la esclavitud como la mayor bendición de los cielos propicios. Tal sucedió en España bajo el "deseado" Fernando, contra el cual combatieron los hispanoamericanos hace un siglo. Esto que Mussolini ha proclamado con franqueza que hay que agradecerle, es la verdad viva que late en el corazón de muchos hombres de hoy. Los extremos se tocan y, así como el dictador italiano, los revolucionarios rusos renlegan de la libertad, con la diferencia de que los rusos no la consideran como un cadáver putrefacto y declaran que la dictadura comunista es un paso previo, indispensable para alcanzar la libertad: siguen considerando la libertad, no como un medio, sino como un fin, como algo sin lo cual son imposibles o precarias la dicha y la civilización del hombre. Para Mussolini y para todos los fanáticos antiliberales de hoy día, los fines últimos de la humanidad son el orden y la jerarquía.

Se dice que los pueblos de Europa están ahitos de libertad. ¿Dónde y cuándo se hartaron? El siglo XIX, contra el cual se lanzan ahora befas y maldiciones, no fué un siglo de libertades sino un siglo de lucha por la libertad. Luchas en toda América y en Europa. La guerra de 1914 fué en cierto modo una guerra por la libertad. Muchos de los que alguna vez defendimos a las potencias aliadas lo hicimos porque creíamos que el triunfo del imperfalismo alemán, con su "orden" y su "jerarquía", significaba sin remedio el orden por la fuerza y no por la libertad, la inmolación del individuo al estado, la disciplina de Europa y quizás del mundo bajo el látigo de unos cuantos malvados y de unos idiotas que se decían representantes de Dios. No sospechamos que el espíritu absolutista y kaiserista triunfaría de todos modos. Porque a lo que asistimos es a la victoria de lo que llamábamos el espíritu prusiano, el espíritu que, ahora triunfante, se apresura a erigir absolutismos reencorposos sobre las ruinas que sembró la guerra. ¿Cómo puede cansarse la humanidad de una cosa que no ha probado nunca? No hubo en todo ese siglo XIX libertad bastante para calmar la sed de un solo esclavo. El alarido de Mussolini es falaz. Tal vez los pueblos estén fatigados de los sobresaltos, de las violencias, de los sacrificios aparentemente inútiles en la lucha por la libertad, y por eso se acogen

transitoriamente al depotismo o lo toleran, pero eso no quiere decir que haya muerto en definitiva la aspiración perenne del hombre a ser libre.

No: la libertad no cansa, y en eso se diferencia de la esclavitud. Es cierto que los amos jamás se fatigan de ser amos; pero los siervos sí se cansan de ser siervos: toda la historia del género humano es, en substancia, la historia de la lucha entre amos satisfechos y siervos descontentos. Hoy día, en medio de la civilización industrial que rige en el mundo civilizado, la lucha se plantea entre obreros y patronos, como la lucha de fines del siglo XVIII bajo la opresión feudal se manifestó por la rebelión de la burguesía contra la nobleza y sus privilegios y exacciones. Cuando los reyes destronaron a Napoleón, en balde quisieron borrar hasta los recuerdos revolucionarios. La guerra universal destruyó los restos del feudalismo, pero dejó en pie, aunque amenazada, la estructura económica burguesa. La burguesía reacciona y pacta a su vez una nueva santa alianza contra la libertad. Oyendo a Mussolini nos parece como si oyéramos hablar a un Metternich redivivo que trajera en la mano, chorreando ponzoña, su viejo corazón de absolutista. Mussolini es la voz de la burguesía que defiende la herencia feudal, que predica con dulzura las excelencias de la obediencia y de la disciplina mientras le retuerce con furor el cuello a la libertad.

Se dice que el fascismo va a conquistar el mundo. La Europa continental está gobernada casi toda por el espíritu fascista. Sólo en Inglaterra no corre, por ahora, la libertad peligro de estrangulación inmediata. Aquí mismo en los Estados Unidos algunas sociedades liberales se apresuran a denunciar al fascismo y a señalar sus peligros. En muchas partes el terreno está abonado para el fascismo, para lo que podría llamarse la revolución al revés.

Lo que se ve claro es que la lucha no es local, no se limita dentro de fronteras nacionales, sino que se dilata al mundo. El problema tiene ahora alcance universal: o va a proscribirse la libertad como sueño pernicioso y malsano para implantar el orden y la jerarquía tan caros a Mussolini y a sus inspiradores y cotrades, o va a ensancharse un poco más, especialmente en lo económico, la libertad humana?

Desde los tiempos de Bolívar, que comenzó siendo algo liberal y terminó empeñándose a la postre en convertir su influencia personal en elemento de moderación y aún de retroceso, la lucha en la América española ha sido también entre los partidarios de la libertad y los partidarios de la disciplina. Los más severos disciplinadores han fracasado. Por eso el fascismo llegará tarde a las repúblicas españolas. Nuestro fascismo principió a pasar hace poco. El último de los grandes fascistas del continente fué Porfirio Díaz. Nosotros ensayamos el fascismo en todas partes y sus frutos fueron, sin excepción de ceniza y hiel. En nuestra América el péndulo está en marcha hacia el otro extremo. Es una fortuna que, en este punto, a lo menos, hayamos dejado zaguera a Europa.

Nueva York, Julio de 1923.

Labor y significación de la organización internacional del trabajo

(Por ALBERT THOMAS, Director de la Oficina Internacional del Trabajo)

EL tratado de paz, al establecer la organización internacional del trabajo, ha contraído el deber de crear condiciones de trabajo que terminen con la justicia, sufrimientos y privaciones que agobian hoy a numerosas capas populares. Se declaró que la paz permanente sólo puede establecerse teniendo como base la justicia social, y ésta exigía la realización de un programa de mejora en las condiciones del trabajo, incluyendo la institución de una jornada máxima y co-

munica máxima de trabajo, regulación de la ocupación, manera de evitar la falta de ella, el establecimiento de un salario adecuado al costo de la vida, la protección del obrero contra enfermedad y daños sufridos en su oficio, la protección de los niños, jóvenes y mujeres, medida de protección para inválidos y ancianos, protección de los intereses del obrero en pleudo en países fuera del suyo, reconocimiento del principio de libertad de asociación, organización de instrucciones técnicas, y otros asuntos importantes.

Naturalmente, la declaración oficial de los derechos del trabajo hizo surgir en el espíritu de los trabajadores del mundo entero la creencia de que un nuevo orden social se levantaría rápidamente sobre las ruinas causadas por la guerra. Y en la Conferencia del Trabajo, que se reunió en Washington en Octubre de 1919 participaban de esta creencia, aunque más moderadamente, hasta representantes de Gobiernos y patronos, a sentir los efectos desastrosos de las consecuencias económicas a sentir los efectos desastrosos de la consecuencia económica de la guerra. Se discutieron mejoras sociales e industriales, no solamente con buena voluntad, sino hasta con entusiasmo; pero creía en que la guerra hubiera suprimido diferencias de opiniones con respecto a los problemas sociales que hasta entonces habían dividido a patronos y empleados.

Por esto no es de extrañar que los obreros hayan considerado la Organización Internacional del Trabajo, con un instrumento todopoderoso para operar rápidos y radicales cambios en el sistema económico que, según lo manifestaba el Tratado de Paz, afectaba a extensas capas populares con tan graves perjuicios que "producían tan gran intranquilidad que ponía en peligro la paz y armonía del mundo". Sin embargo, difícilmente podía esperarse que tal estado de ánimo, combinación de esperanza y esfuerzo, pudiera conservarse en un estado de exaltación tan grande como el alcanzado en 1919. Los problemas que debían tratarse, bastante complicados ya en tiempo de paz, lo eran infinitamente más en un tiempo en que el mundo estaba sufriendo por los grandes trastornos causados por la guerra. La cooperación entre Gobiernos y patronos y obreros se ha vuelto menos cordial y entusiasta a causa de las decepciones de los últimos tres años. Los Gobiernos han tenido que luchar con crisis económicas y políticas; los patronos, que hacer frente a la mala situación comercial y falta de mercados, y los obreros en muchos países importantes se han vuelto desconfiados y descontentos por la falta de ocupación y reducción de salarios. La desilusión ha hecho revivir hasta cierto punto los antagonismos entre patronos y obreros y obligado a los Gobiernos a facilitar el paso a las reformas sociales establecidas por la Conferencia de Washington.

Sin embargo, a pesar de tan desfavorables circunstancias se puede con razón insistir en que la Organización Internacional del Trabajo ha demostrado por medio de su órgano ejecutivo, la Oficina Internacional del Trabajo, su capacidad para realizar la obra que se le ha encomendado. Hay que comprender que la organización no es, como su nombre parece indicar, una institución dirigida sólo por el trabajo, se le puede considerar como un Ministerio internacional del trabajo que representa tres clases de elementos, Gobiernos, patronos y obreros, cada uno con funciones claramente definidas. Su tarea principal es estudiar imparcialmente las cuestiones sociales y obreras y llegar a soluciones que sean de posible e inmediata realización. Estas soluciones en la forma de convenciones, de recomendaciones y proyectos tiene que ser sometido a los Gobiernos de los Estados Unidos que pertenecen a la organización para que las ratifiquen o adopten. Ya han sido adoptadas por los tres meetings de la Conferencia anual de Organización 16 convenciones de proyectos y 18 recomendaciones que se ocupan de las horas de trabajo, falta de ocupación, ocupación de mujeres y niños, ocupación de mujeres antes y después del parto, empleo de sales de plomo en la industria, reciprocidad de tratamiento para obreros extranjeros, etc. Las ratificaciones de las convenciones por los Estados, debidamente

Panamá, Septiembre, Domingo 2 de 1923

EL NUEVO TIEMPO

te inscritas en la Secretaría de la Liga de las Naciones hasta Agosto de 1922, son 39. En 17 casos, la ratificación ha sido autorizada por la Autoridad competente, pero hasta ahora no ha sido oficialmente comunicada a la Liga de las Naciones y en 79 casos la ratificación ha sido recomendada por los Gobiernos a las Autoridades competentes. Además, el número de medidas adoptadas por Asambleas Legislativas y de medidas adoptadas con carácter administrativo que total o parcialmente realizan las disposiciones de las convenciones de proyectos o recomendaciones, es ahora de 56, y, de 69 el número de tales medidas en diversos grados de preparación.

El proceso de transformación de los resultados de la discusión de la Conferencia Anual en actos legislativos, no es naturalmente tan rápido como lo desean los reformadores entusiastas, pero la lentitud se debe, por lo menos en parte, a la enorme cantidad de asuntos que han tenido que estudiar la mayor parte de los Gobiernos durante los últimos tres años. Pero con respecto a una convención que refiriéndose a la hora de trabajo se ocupa de la demanda de la jornada de ocho horas para el trabajo europeo, la dilación de los grandes Estados industriales en su ratificación ha sido motivada por ciertas dificultades prácticas de su aplicación. Estas dificultades han sido estudiadas para poder convencerse de si las modificaciones en los términos de la convención son verdaderamente necesarias. La jornada de ocho horas ha sido prácticamente la regla en muchos países industriales de Europa desde la guerra, y desde entonces se ha podido tener suficiente experiencia para poder decidir qué reformas, si algunas deben hacerse, son necesarias a la Convención aprobada en Washington.

Digno de mencionarse es que no sólo en Europa sino también en Asia la Organización Internacional del Trabajo ha influido favorablemente en la vida de los obreros. Quizás ningún país ha superado al Gobierno de la India en el cuidado que ha dedicado a la redacción y aprobación de leyes para realizar las convenciones adoptadas por la Conferencia del Trabajo. La legislación no podrá dejar de tener influencia en la vida de los obreros de Europa desde el momento que han mejorado las condiciones de vida de sus competidores de Asia.

Deber de la Oficina Internacional del Trabajo es hacer el necesario trabajo de investigación y computar la información a que se basan las convenciones de proyectos y recomendaciones. Y al realizar esta tarea se convierte en un centro mundial de conciliación sobre todos los asuntos relacionados con las cuestiones sociales e industriales. Continuamente, Gobiernos y organizaciones de patronos y obreros se dirigen a ella para obtener información con respecto a las múltiples ramificaciones de los problemas generales del trabajo. La Oficina obra, pues, en general, como una especie de archivo de conocimientos que puede ser aprovechado por los Gobiernos que desean mejorar legislativamente las condiciones de los obreros en concordancia con los términos del Tratado de Versalles.

En su empeño de obtener información por medio de comités, la Oficina apela al auxilio de expertos del mundo entero. Por ejemplo, un comité ocupado de la complicada cuestión de emigración e inmigración ha sido establecido, y este comité ha redactado ya una serie de recomendaciones que espera influirán convenios internacionales para la protección del obrero emigrante. Otro comité se ha instituido para que se dedique al estudio del difícil problema de prevenir la propagación del bubón. Debe mencionarse también que los Estados Unidos envían uno de sus expertos para colaborar con el comité como colaborador consultivo. Así pues, por medio de estos comités, se obtiene la mejor y más perfecta información sobre las cuestiones de que tiene que tratar y resolver la Oficina.

También tiene participación en la responsabilidad de perfeccionar detalles sobre otras cuestiones relacionadas con los términos del Tratado de Paz. Ha nombrado comités de expertos de arbitraje para determinar la cuestión de traspasar fondos de seguro social de Alemania a Francia y de Alemania a Polonia. Además, en la convención entre Alemania y Polonia en la cuestión de Alta Silesia se estipuló que la oficina Internacional del Trabajo nombraría el Presidente y dos miembros asociados de la comisión encargada de asegurar a los obreros de los territorios traspasados los derechos que les confiere la ley. El Presidente elegido fué el Director de la Oficina Internacional del Trabajo, y este manifiesto reconocimiento del carácter de la Oficina indicada que puede y debe desempeñar papel importante en preservar los derechos de las clases obreras que se relacionen con los convenios internacionales. Se ha sugerido, por ejemplo, que el convenio celebrado recientemente entre varias Potencias para dar auxilio financiero a Austria habría sido conveniente que la oficina hubiera sido llamada para tomar parte, en condiciones semejantes a las del caso de Alta Silesia para evitar el peligro de intranquilidad entre las clases obreras causada por temores de que sus condiciones de trabajo serían suprimidas o modificadas en su detrimento.

A este breve resumen de las funciones y trabajos de la Oficina Internacional del Trabajo podríamos añadir muchos más detalles si dispusiéramos de espacio suficiente, pero sólo mencionaremos la conferencia de armadores y marinos reunida en Bruselas en 1921. Esta conferencia fué convocada por la oficina a solicitud de ambas partes para llegar a un arreglo definitivo, la reunión evitó que estallara una huelga internacional de marinos, que habría agregado una calamidad más a las muchas de que sufre el mundo desde que se firmó la Paz.

Al apreciar el significado de la obra de la Oficina Internacional del Trabajo hay que tomar en cuenta los factores imponderables.

La reunión de representantes de Gobiernos, patronos y obreros para estudiar las complicadas cuestiones que se relacionan con las vidas de muchos millones de hombres es, en efecto, un ensayo de crear nuevas instituciones sociales que reemplacen las que la guerra ha destruido en tan grande escala. Por lo tanto, apesar del desfavorable cambio social y político de la guerra, la Conferencia anual ha probado que estas reuniones se pueden tener con éxito y que apesar de los intereses opuestos y diferentes puntos de vista con que se aborde la discusión de estos asuntos, siempre se podrán obtener arreglos definidos y organizados. Hasta qué punto estos arreglos afectan los estatutos y reglamentos establecidos en los varios Estados no depende de la Oficina Internacional de Trabajo sino de la opinión pública. Si los estadistas que redactaron el Tratado de Paz hubieran realmente deseado que la paz universal se estableciera, solamente basada en la justicia social, y si los Gobiernos del mundo entero participaran de esas ideas hay que convenir en que la organización Internacional del Trabajo se ha ocupado de eliminar serios peligros para la paz y armonía del mundo. Los obreros organizados en conjunto y muchos patronos no han perdido la fe en la posibilidad de establecer la justicia social por medio de los esfuerzos internacionales. En efecto en lo que atañe a las organizaciones obreras esta fe se ha mantenido viva, y en gran parte por obra de la Organización Internacional del Trabajo. Por lo mismo sería política prudente para los Gobiernos empeñados en la ardua tarea de la reconstrucción de Europa admitir de que en lo que se refiere a lo que antes bien se portaban con la resistencia por parte de los obreros al resultado del Tratado de Paz en que convinieron impulsados por "sentimientos de justicia y de humanidad".

(Conclusión)

La acumulación de grandes riquezas en las manos de unos pocos fue probablemente la causa singular más importante de cuantas condujeron a su ruina a la República Romana. Estas las propias palabras de Plinio: "Latifundia perdidere Italiam". Y no fueron sólo los latifundios, sino la riqueza representada por los esclavos y otras expoliaciones cometidas en provincias, lo que aceleró la "decadencia y caída".

Como escuela de la acumulación de grandes capitales en las manos de unos pocos y del poder que a esto acompaña, han surgido ideas revolucionarias que envuelven el desconocimiento de toda ley y del derecho a la propiedad. El comunismo ha hecho en verdad mayores 'progresos' en otros países que en el nuestro. En Rusia han conducido a la dictadura del proletariado, seguida de una miseria espantosa. Pero en América está abriéndose paso en la sociedad la noción de la "acción directa" para obtener ventajas de clase.

De resultados de esta concentración de riqueza en manos de unos pocos, relativamente, y de la reacción contra eso, se ha difundido por todo el país un régimen general de desafueros e irrespeto a la ley. Esa "marejada de crímenes", considerada por algún tiempo como equiparable a una gran guerra, se debe también a otras causas. Una gran proporción de estos actos de violencia se ha cometido por hombres muy jóvenes, demasiado jóvenes para haber aprendido de la guerra la lección del desafuero. Esta ola de crímenes no es desemejante a la que prevaleció en Roma durante los últimos días de la oligarquía y en los primeros períodos del Imperio. Las sátiras de Juvenal están llenas de invectivas contra los ejércitos de transgresores, que entonces, como ahora, estaban a menudo compuestos por muchachos de las clases privilegiadas.

de creciente desafueros está preñada de peligros que los cr.
dinarios.

Más aún, el criminal, aún en el caso de ser convicto, es tratado con tal skavidad y delicadeza que con frecuencia su sentencia no resulta castigo en absoluto, o lo es en grado tal que no detiene a otros en la comisión de crímenes. La "reforma" del criminal se busca con tanto ardor, por medio de sentencias indeterminadas, por medio de deducciones de "buena conducta", de libertad bajo palabra, de perdones y cosas semejantes, que se pasan por alto los mayores derechos de la sociedad y los estatutos penales dejan de ser terror de los malhechores. En esto también nuestros impulsos filantrópicos nos han conducido a tal lenidad, que se ha socavado seriamente aquel respeto por la ley que es la piedra angular de la civilización.

LA DECADENCIA DEL ESPIRITU PUBLICO

9.—Otro indicio de decadencia del espíritu público es la apatía que prevalece respecto de medidas de utilidad pública. Tenemos leyes que someten al pueblo, por referéndum y algunas veces por iniciativa, la más importante legislación. Es muy raro que nuestro pueblo consigne un voto completo sobre tales medidas. Esto se parece a la apatía que prevalecía en Roma bajo el Imperio, que tenía entonces la excusa de que la acción pública no puede cambiar nada cuando el soberano es supremo. Pero nosotros no tenemos tal excusa. Si nuestra patria continúa, ello será un presagio siniestro, pues el gobierno democrático depende totalmente para su vitalidad, del activo interés de los ciudadanos. Bryce, en su gran obra acerca de las Democracias Modernas, nos ha recordado que durante muchos siglos el pueblo ha permanecido sin preocuparse

de la clase de gobierno a que estaba sometido, y nos ha advertido que esas épocas pueden sobrevenir de nuevo. Si tal fuera el caso actual, la ruina de las instituciones libres es inevitable.

10—Otra analogía se ve en el creciente aumento de la carga de los impuestos que tiene que soportar el pueblo. La guerra mundial es la causa de mucho de esto, pero no de todo. Los impuestos municipales en muchas partes del país fueron en creciente constante y se hicieron excesivos antes de la guerra. Hubo partes de Nueva Inglaterra que perdieron un tanto proporcional de su población a causa de los impuestos excesivos. Hubo ciudades en muchas partes del país, en que los recargos hechos para llevar a cabo mejoras públicas innecesarias condujeron a la bancarrota, y hubo mucho aumento en las actividades de los gobiernos nacional y municipal en campos de acción que hasta entonces habían estado reservados a empresas privadas, el manejo de las cuales condujo a menudo al aumento inconsiderado de los impuestos, sin que las ventajas obtenidas compensaran la carga. El abortado proyecto para proporcionar a los soldados una bonificación que subía a miles de millones de dólares procedentes de los fondos públicos, que debían ser obtenidos por medio de impuestos, se asemeja mucho a las generosidades dispensadas a expensas del público a las legiones romanas y a las guardias pretorianas, para incitarnos a reclamos aún más excesivos y a ejercer presión indebida para hacerlas efectivas. Las exacciones y redistribuciones desmoralizaron de tal modo al pueblo romano, que en grandes masas abandonó sus hogares y vastas regiones quedaron deshabitadas.

En Roma no sólo eran enormes los impuestos, sino que el método de la cobranza era inquisitorial y cruel. Gibbon nos dice: "Se administraba a los propietarios un juramento por medio del cual se obligaban a declarar el verdadero estado de sus negocios, y sus tentativas de prevaricación o de eludir la intención del legislador eran consideradas y castigadas severamente como un crimen capital, que incluía el doble delito de traición y sacrilegio".

Nosotros acostumbrábamos allegar nuestros impuestos en su mayoría, sin recurrir a métodos severos o inquisitoriales. Pero en el reciente impuesto sobre las rentas, sobre el exceso de ganancias y otros, tales métodos se han introducido, y aunque sólo la penitencia y las multas han sido prescritas como castigos, estamos ya en el camino que siguió Roma en sus días de decadencia. Cuando los impuestos se hacen demasiado sugestivos, los hombres ya no trabajan porque no quieren producir la riqueza sobre la cual se les va a gravar. La propiedad será destruida más bien que mantenida por el individuo sometido a cargas intolerables. Como en Oriente, donde el árbol de dáttil que no podía producir fruto bastante para pagar el impuesto que lo gravaba, era derribado, así en todas partes, cuando los impuestos hacen irremunerativa la propiedad, ésta deja de existir. En cierto número de industrias se ha llegado a ese punto hoy día, y si el aumento de los gravámenes continúa indefinidamente, la destrucción de la propiedad en grande escala es cosa segura.

EL MAL Y SU REMEDIO

Es difícil resistir a la conclusión de que hay una marcada tendencia a la decadencia en la civilización moderna. Pero ¿será esa tendencia temporal o prematura? A la restauración de los Estuardos, la civilización inglesa se desvaneció, ciertamente; sin embargo, fue rehabilitada y aumentada hasta la era victoriana. Así también en Italia, después de la degradación de varios siglos, vino un nuevo renacimiento con el surgimiento del nuevo reino italiano. Pero aun en estos casos la rehabilitación puede ser transitoria. Roma también fue temporalmente rehabilitada por varios períodos; pero después sobrevino la decadencia.

La corriente permanente de la civilización es cosa de largo tiempo, y será un profeta de pega el que se atreva a

predecir lo que ha de sobrevenir en tiempos del futuro remoto. Sólo podemos ver las principales fuentes de peligro, y es sólo en un espacio limitado como podemos proveer algo contra ellos. Una corriente evolutiva general de la especie humana es en alto grado incontrolable. El relajamiento de los lazos de familia y de la disciplina, la decadencia de la fe religiosa, el éxodo de las poblaciones hacia las grandes ciudades, la intolerancia de la opinión ajena, la apatía del pueblo en cuanto a medidas públicas, todas estas cosas están bastante fuera del alcance legislativo, y sólo pueden corregirse por medio de un cambio radical en las opiniones y creencias de los hombres que, para ser efectivo, debe penetrar en todas las capas de la sociedad. Mejores métodos en la educación pública, la eliminación de los defectuosos, la mejora física de la raza, una distribución más justa de la riqueza, la supresión más efectiva del crimen y del desafuero, y algún alivio en el exceso de la carga de los impuestos, todas esas cosas pueden alcanzarse por medio de mejores leyes y por el mejor cumplimiento de éstas. Es ésta una tarea enorme; pero la primera condición esencial para llevarla a cabo es que comprendamos perfectamente, no sólo por el asentimiento de nuestros sentidos, sino por la más profunda convicción de nuestros corazones, cuál, exactamente, y cuán grave es el peligro.

Política mundial

Frank H. Simonds

LAUSANA Y SÓFIA

HE reservado un pequeño espacio para estudiar los asuntos balkánicos: el final de la conferencia de Lausana, los convenios consiguientes sobre las cuestiones disputadas, y la revolución búlgara, que costó la vida de Stambulsky y la caída de un gobierno de aldeanos basado en la aceptación de las decisiones de la guerra y el abandono de rivalidades como las existentes entre Bulgaria y sus tres vecinos.

Referente a Lausana, sólo resta exponer que los turcos han confirmado sobre el tapete la victoria obtenida en el campo de batalla; han regresado a Europa y recuperado la Tracia oriental, con Adrianópolis; además, han cruzado el Maritza y recuperado a Karagatch. Han asegurado la evacuación inmediata de Constantinopla y el dominio de la mayor de sus ciudades. Y, lo más importante, desde el punto de vista moral, han evadido las capitulaciones que constituirían una desintegración de su soberanía y una prueba de su dependencia respecto del mundo occidental.

Como consecuencia de la guerra y sus derivados, Turquía ha perdido vastos territorios asiáticos: Siria, Mesopotamia, Palestina; pero ha recuperado toda el Asia Menor, y hasta ha extendido sus fronteras sobre la línea rusa de Armenia. Ha destruido el plan aliado de la completa división de Turquía; ha desvanecido la esperanza griega, respaldada por el favor británico, de restablecer el poder helénico en los antiguos basamentos del Imperio Bizantino. Además, ha mantenido su derecho de tratar con sus minorías armenias y griegas, en la forma que le plazca, lo cual es equivalente práctico de la expulsión de los primeros y del exterminio de los últimos.

Careando a los países aliados entre sí, a la usanza de Hamid, Turquía ha demostrado a la vez la incoherencia de Europa y la debilidad de las naciones que se propusieron eliminarla, esquivando la necesidad de luchar para alcanzar ese objeto. El episodio turco es un extremo humillante para el occidente, y debe tener consecuencias perdurables en la eliminación del prestigio europeo en el oriente lejano y también cercano.

Mas, por el momento, y aunque victorioso en la guerra y en la paz, Turquía es país arruinado, barrido por la guerra y urgido de largo período de paz y de hábil administración, si de-

sea sobrevivir. Sus éxitos políticos serían ineficaces al fin, si no demuestra capacidad para el gobierno propio, como no la ha demostrado jamás, en el transcurso de su historia. Porque, ya en la paz, continúa como campo de explotación europea y escenario de nuevas e inevitables rivalidades. Además, si por el momento se ha aprovechado de la parálisis que las mutuas suspicacias desarrollaron en el mundo occidental, tiene que contar siempre con la vuelta fortuita de los rusos.

Por el momento, se ha escapado; ella es la única, entre las naciones aliadas de Alemania, que ha conservado sus límites europeos inalterables, y ha rebasado los esfuerzos de los aliados victoriosos, para imponerle términos de paz. Alemania está postrada; Austria ha desaparecido; Bulgaria, resentida y desorganizada, es impotente para modificar las decisiones de París; mas los turcos han desafiado todo, han hecho frente a todos y han vencido.

En cuanto al levantamiento búlgaro, es manifiestamente ominoso, aunque por el momento, su influencia debe ser restringida. El Ministro y el Premier caídos representaban la aspiración honrada de aceptar la decisión de las armas y de abandonar la política que ha mantenido a Bulgaria en guerra casi constante desde 1912 a 1918, y que terminó en terrible sacrificio nacional, casi sin resultado proporcional.

Y si Stambulsky pereció como Rathenau, como Erzberger, como casi todos los estadistas de los poderes centrales que bogaron por el sometimiento, la lección no puede ser echada en saco roto. Es necesario deducir que las masas no aceptan gobiernos que sacrifiquen las aspiraciones nacionales para aceptar, a cualquier precio, la doctrina de la paz. Hay, pues, que seguir contando con las aspiraciones búlgaras, lo mismo que con las germanas y las húngaras.

¿Cuáles son estas aspiraciones y con cuáles están en pugna? En primer término, Bulgaria demanda que los aliados cumplan su promesa de darle acceso al mar, por Dedengatch, en territorio griego. Pero en Lausana, y con la venia aliada, Grecia cedió el Karagath a Turquía, colocando así una barrera turca entre Bulgaria y el mar, lo que debe ser negociado antes que el problema griego pueda ser resuelto; y seguro es que esto contribuyó no poco al reciente levantamiento: Bulgaria había descubierto que ni en virtud asegura necesariamente la recompensa.

Más allá de una salida al Egeo, demora las mayores aspiraciones. Después de la guerra de 1912, Bulgaria poseyó la Tracia oriental y el largo frente situado entre los rodopios y el mar: le pertenecían Kavala y Dedengatch. Antes de la guerra, había pactado con Serbia la retención de la mayor parte de Macedonia, y esperaba confiadamente recibir a Salónica; pero en la guerra de 1913 no sólo perdió a Macedonia, la Tracia occidental y Kavala, sino también la Dobruja meridional, poseída desde 1878, y la Tracia occidental, adquirida con otras ventajas en la primera guerra balcánica. En la guerra europea, perdió el frente Egeo.

En las primeras victorias de la guerra de 1912, Bulgaria podía aspirar a ser la Prusia de los Balcanes, y atar a su carro triunfal a los otros Estados de allí, porque era más fuerte que todos, excepto Rumania, que no se considera balcánica; pero una década de peripecias ha producido la expansión de Rumania, Yugoslavia y Grecia, todos los cuales son mayores que ella y se han tomado las posesiones a que aspiraban.

Empero, si hoy por hoy es débil, Bulgaria tiene razones de aspirar a un porvenir de prosperidad. Sus enemigos lo son a la vez de Hungría. Su rivalidad con Yugoslavia en Macedonia le granjea el favor de Italia, y sus disputas con Rumania tienen la aprobación de Rusia, y de aquí que se le cuente entre las naciones que rechazan el estado actual de cosas en Europa, esto es, Alemania, Hungría y Rusia. Como he indicado, ella puede sacar provecho de la oposición de Italia contra Grecia y Yugoslavia. Hoy está a merced de esta última y de Rumania; mañana puede ver una nueva alianza de Grecia con aquéllas, para

oprimirla; mas estos vecinos tienen también enemigos poderosos y graves problemas entre manos.

Stambulsky habría acercado a Bulgaria y a sus conquistadores, por medio de algún acuerdo; pero cualquiera que hubiese sido, habría perpetrado su disparidad de poder, creada por la guerra, lo cual habría sacrificado las aspiraciones búlgaras, en gracia de la prosperidad material. El dejó sentir mano fuerte sobre los que hubieron arrastrado al alma parens hacia la guerra mundial, únicos responsables de su ruina, y hasta el joven rey participó de su hostilidad y quedó casi prisionero. Pero en cierto modo, estos hombres estaban identificados con la nación, la cual era incapaz de sacrificar sus esperanzas y sus aspiraciones, acariciadas a través de mil años de decepciones.

El episodio de Bulgaria, insignificante en sí es, pues, muy significativo, porque descubre el yerro de los que juzgaron en París que la guerra había creado un espíritu nuevo en la humanidad y que los hombres habían vuelto la espalda a las antiguas deidades, para ponerse de cara a las nuevas. Pero, después de cuatro años, de un extremo a otro de Europa se verifica el hecho de que las naciones abrigan sus viejas aspiraciones y persisten dominadas por sus antiguos temores.

Nueve años después de que una tragedia balcánica inició los sucesos que produjeron la guerra mundial, una nueva tragedia en Sofía, semejante a la de Sarajevo, viene a iluminar, instantánea pero terroríficamente, todo el escenario europeo. Hay otros testimonios elocuentes y de variadas procedencias que las condiciones políticas y económicas de Europa van de mal en peor, y los acontecimientos de Londres sugieren el hecho de que nos aproximamos a una nueva crisis, consecuencias de la cual serán nuevas rivalidades y nuevos choques de intereses nacionales fundamentales.

El nuevo gabinete sueco

Sergio de Ghessin

PARA comprender la situación parlamentaria y política de Suecia, hay que tener en cuenta este hecho esencial: la ausencia de una mayoría homogénea en el Riksdag (Parlamento). Ninguno de los tres partidos puede gobernar sin el concurso de otro, y como una asociación entre socialistas y conservadores permanece en el dominio de las utopías, la fracción liberal dispone prácticamente del poder supremo. Desde el punto de vista estrictamente parlamentario, el único Consejo de Gabinete realmente conforme a la situación debería realizar, ya una coalición burguesa—conservadores y liberales—ya una coalición mixta—liberales y socialistas. Pero al menos por el momento, los liberales no parecen dispuestos a aprovechar la inmensa ventaja que les confiere su posición central, esa especie de áurea mediocritas entre el derecho y la democracia social del señor Branting. Profundamente escarmentados, desde luego, por disensiones internas, rehusando los cargos y las responsabilidades del poder, los liberales han respondido ya con una negativa absoluta a toda colaboración con los socialistas, desde la formación del Gabinete Branting. Y luego, colaborando siempre con la derecha para provocar la caída del Ministerio socialista, han renovado ante las insinuaciones del señor Trygger, el mismo non possumus intransigente.

En tales condiciones el nuevo Gabinete sueco, ni más ni menos que el Ministerio Branting, no puede ser considerado como un gabinete parlamentario en la acepción rigurosa de ese término. Ni el uno ni el otro goza en el Riksdag de una mayoría ocasional. El Ministerio Branting ha vivido gracias a la tolerancia de las fracciones burguesas, exclusivamente, que se sentían muy contentas, desde luego, de ver al patriarca del socialismo europeo asumir las responsabilidades gubernamentales en el momento de la falta de trabajo y de la depresión económica. El Gabinete Trygger, por su parte, no podrá subsis-

tir sólo a favor de una colaboración con una parte al menos de la fracción liberal, es decir, en el límite en que los intereses para hacer tabla rasa de las divergencias concuerdan suficientemente. La fracción liberal del programa conservador. En otras palabras, el equilibrio aquí es función del predominio de una solidaridad social sobre rivalidades políticas. A pesar del enorme prestigio del señor Branting, a pesar del lugar eminente y legítimo que ocupa en el ajedrez nacional e internacional, el partido socialista prudente y el tacto de que el señor Branting, durante su paso por los negocios públicos, no ha cesado de dar pruebas en materia de realizaciones prácticas en el dominio puramente socialista. Ya tenía bastante con verse a la cabeza de un Ministerio desuado de la menor aleación burguesa: esa fuerza era débil, siempre susceptible de quedar paralizada por una mayoría burguesa. Así se explica la caída del Gabinete Branting: el día en que el gobierno pareció demasiado socialista a los ojos del Riksdag, a propósito del problema de los fallos de trabajo, la ofensiva se desencadenó inmediatamente. Civiando los antagonismos, se vió a liberales y conservadores atacar vigorosamente al enemigo común. Desde el punto de vista obrero, el Ministerio Branting ha muerto gallardamente y con honra: eso es incontestable. Pero al mismo tiempo ha debido sacar de esta experiencia el sentimiento, aunque un poco amargo, de la debilidad del partido socialista ante la coalición burguesa. De allí el grito de guerra lanzado desde la tribuna por el señor Branting, tan pronto como el jefe del gobierno quedó convertido en jefe de la oposición: "Esta será una lucha de vida o muerte!" De allí también la campaña del Social Demokraten en previsión de las elecciones próximas, sobre la necesidad en que está el partido socialista de obtener en el parlamento una mayoría absoluta.

Después de la negativa de los liberales a participar en la formación del Gabinete de coalición, el señor Trygger se vió obligado a hacer provisión del mismo valor patriótico que el señor Branting, y a constituir un Gabinete homogéneo: después de un gobierno socialista, hémos aquí con un gobierno de la derecha, sin mezcla alguna, y esto en un país en que los conservadores, así como los socialistas, constituyen minoría. Conviene agregar, sin embargo, que esta inferioridad parlamentaria está magníficamente compensada, desde el punto de vista administrativo, por la elección de personas competentes de que el señor Trygger ha conseguido componer su Ministerio. Jurista eminente él mismo, se dirigió de preferencia a especialistas, he, abstracción hecha de su matiz político, gozan de la estima de la Suecia entera. Por ese lado, el Gabinete Trygger se impone al respeto de todo el mundo. Su composición es una prueba viviente de que será enemigo de improvisaciones económicas y administrativas, de que gobernará con conciencia perfecta de las necesidades generales del país. Los nombres siguientes dan esta prueba de un modo incontestable: cuatro gobernadores de provincias, entre ellos el de Estocolmo, señor Hedrstjerna, nombrado titular para la Cartera de Asuntos Extranjeros; los señores Malmroth, Malm y Lubeck; tres grandes universitarios, los señores Ekeberg, Classon y Wohllst; especialistas en finanzas y en agricultura, como los señores Beakow y Petterson. Sólo la mita de los ministros pertenece al mundo parlamentario.

Un prejuicio no muy difundido, pretende en Francia que los conservadores suecos son en masa germanófilos decididos, y ciertos excesos de la prensa de la derecha no deja, desgraciadamente, de reforzar esta opinión, que falta esencialmente de color. Hay en esto un error análogo a aquel que consiste en proclamar amigos nuestros a todos los socialistas sin excepción. Ya es tiempo bastante para deshuir de tales ilusiones de guerra, y de abstenerse de atribuir a los neutrales ilusiones sacárticas y mordaces. No confundamos a todos los socialistas con el señor Branting, ni tratemos de identificar a todos los conservadores con algunos periodistas incapaces to-

davía de suadir el yugo del pensamiento alemán. Las realidades suecas, como todas las realidades, son mucho más fáciles, mucho más distintas. Que nadie señale el ejemplo del mismo señor Trygger, jefe de la derecha en la Cámara Alta: nadie ha rendido un homenaje más brillante a Francia, tierra del orden, que este gran concurador, en discursos que debería figurar en nuestras antologías políticas; nadie ha precisado mejor la psicología del pueblo francés; nadie ha comprendido mejor que Francia constituye la mejor barrera a la locura oriental del bolcheviquismo. Mientras la política francesa constituya, para emplear las mismas palabras del señor Trygger, "un ídolo firme en el mar de los errores", los conservadores de los países neutrales, dando luego, al menos que se detengan a sí mismos, deberán adherirse a esas bellas palabras del nuevo Presidente del Consejo de Ministros de Suecia.

La cuestión flamenca

A. L.

UN grupo que se llama "católico flamenco" y que se reunió en Utrecht, envió al Papa hace tres años, con ocasión del viaje del Cardenal Mercier a Roma, un telegrama en que se declaraba obligado a elevar contra el Arzobispo de Malinas, Primado de Bélgica, las acusaciones siguientes:

"El Cardenal Mercier, traidor de alma y de corazón, continúa sus intrigas contra nuestra acción nacional: la autonomía de Flandes."

"Si Su Santidad quiere impedir que Flandes siga el ejemplo de Irlanda o de Lituania, que ponga entonces término a la actividad antinacionalista del Cardenal Mercier."

"La juventud católica flamenca, que permanece fielista, abandona la Iglesia."

"La última esperanza de los nacionalistas católicos flamencos reposa en Vuestra Santidad".

La cuestión flamenca, que este de hecho, presentaba en un día de crisis aguda, no ha estado de caído ni ha sido resuelta, en consecuencia, desde la fecha de aquella réplica a Roma.

Voy a exponer hasta qué punto esta cuestión apasiona, dividiéndolos, a nuestros amigos los belgas, y hasta dónde es ella de una gravedad que la re disminua. Lo haré tan objetivamente como pueda, a fin de colocar al lector en estado de juzgar por sí mismo.

Los países flamencos representan en Bélgica las provincias que se extienden desde Ypres sobre toda la costa del Mar del Norte y llegan hasta el río Escalda y hasta Amberes. Comprende esta última ciudad y las de Gante, Bruselas, Courtrai, Gante, Lovaina y Bruselas, que son bilingües una y otra. En estos momentos ellas representan más de la mitad de la población total del reino, muy entellan, muy trabajadora y de una civilización muy caracterizada. Flandes ha dado a Bélgica sus más grandes pintores, Rubens y Van Dyck, y en la actualidad, dos grandes poetas, Maeterlinck y Verhaeren, quienes, lo cierto es que escriben en francés.

El flamenco es una lengua germánica que se parece al neerlandés u holandés, pero que se diferencia mucho de él; también. Los holandeses tratan el flamenco belga como un dialecto. No ha tenido grandes escritores, salvo Enrique Consuecos y algunos otros de segundo orden. Se habla por la mayor del pueblo. Las clases altas emplean dos lenguas.

La cuestión flamenca no data de hoy. Guillermo IV, rey de Holanda, intentó en 1813 de esta lengua, la oficial. Fue en parte contra sus pretensiones, que los belgas se rebelaron en 1830, pues hasta entonces el francés se hablaba en toda la Walonia y en todas las grandes ciudades, aún en las de Flandes.

Por eso la Constitución de 1831 reconoce el francés como lengua oficial. Como reacción en contra de las corrientes directivas holandesas, el idioma francés fué poniendo poco a poco en segundo término el flamenco. Desde 1840 circulan peticiones para que esta injusticia sea reparada. Los liberales no se apresuran a hacerlo, pues creen que el francés será mejor vehículo de sus doctrinas. Fueron los católicos los primeros que prestaron oído serlamente a las reclamaciones de los flamencos. En 1878 consiguieron dictar una ley que exige el empleo del flamenco para la instrucción de los procesos y para los alegatos ante los tribunales de Flandes; en 1888, pasaron otra ley para que se hiciera lo mismo respecto a los debates en cuestiones criminales. En materias administrativas, los funcionarios se vieron obligados a comunicarse con el público en los dos idiomas, y los oficiales del ejército a mandar a los reclutas de la misma manera, desde 1898.

Ya antes de la guerra los flamencos se quejaban amargamente de no haber realizado todos sus derechos. Durante la ocupación, los alemanes trataron de aprovechar este estado de ánimo para atraerlos hacia sí. Fundaron en Gante una universidad exclusivamente flamenca, y dieron a Flandes una administración completamente independiente de la [waloña], de manera que hubo en Bélgica dos Estados dentro del Estado.

En honor a la verdad debo decir que esta tentativa de los alemanes para ganarse a los flamencos yendo más adelante que sus exigencias nacionales, no obtuvo ningún éxito. Salvo algunas pocas personas infelices, arrastradas más por el hambre que por el deseo de complacer a los alemanes, y que después del armisticio tuvieron que expatriarse para no tener que sufrir la cólera de sus propios compatriotas los flamencos; éstos rechazaron en masa los presentes que les ofrecían los enemigos, y se proclamaron tan belgas como los más belgas.

Sin embargo, en las filas del ejército del Rey Alberto, y hasta en sus propias trincheras del Yser, se manifestaba un sordo descontento de los soldados flamencos contra sus jefes y contra el gobierno. De estos descontentos fueron a menudo portavoz los capellanes militares. Ellos reprochaban a la autoridad su desprecio por la ley que obligaba a los oficiales a conocer la lengua flamenca y a hablarla a sus soldados; les reprochaba cierto desprecio por los flamencos, pues la mayor parte de los favores, de las dispensas, de las distinciones honoríficas, estaban reservadas para los waloones. Este descontento, fundado o no, permaneció en el corazón de los flamencos después del armisticio y no tardó en manifestarse públicamente, en mítines, por la prensa y en las elecciones. Aún llegó a verse a clérigos y religiosos tomar parte en estas manifestaciones diversas. El Cardenal Mercier se ha visto obligado, desde hace dos años, a prohibirles mezclarse en tales asuntos en el porvenir.

Aquí tienen ustedes una explicación del despacho que cité al principio.

La cuestión flamenca ha dividido a Bélgica en dos partidos, aún en el seno mismo del partido católico, hasta ahora compacto. Es, pues, urgente resolverlo. Pero de qué manera?

Los extremistas exigen que las dos lenguas, francesas y flamenca, sean en todo el país las lenguas administrativas; todo empleado del Estado o de un servicio público deberá conocerlas. Piden que la Universidad de Gante sea completamente flamenca, y que el ejército se organice en dos regiones, la Walonia y Flandes.

Estas exigencias no son realizables en la forma propuesta por los extremistas. La Cámara de Representantes ha discutido durante dos meses la cuestión de la Universidad de Gante. Nunca en Bélgica había habido debate parlamentario que solevantara tanto las pasiones y fijara tanto la atención del público. Para resolver el problema se propusieron más de diez soluciones diferentes. Los radicales del front partel, verdaderos separatistas, exigían la flamenquización de Gante, pura y sim-

ple. Otros querían mantener en Gante una universidad francesa y crear una flamenca en Amberes; otros proponían las dos universidades en Gante.

Los diputados católicos flamencos, aún los más moderados, no querían ni la doble universidad en Gante, ni la una en Gante y la otra en Amberes. Querían en Gante una sola universidad exclusivamente flamenca. Pero pronto vieron que no podían realizar sus deseos. Por eso admitieron otra solución. Consistía en doblar todos los cursos en Gante, de modo que se dieran todos en francés y en flamenco, pero aceptables sólo sobre la base de una enseñanza general flamenca, o de servirse indistintamente del francés y del flamenco en los cursos para los ingenieros civiles y en la facultad de artes y manufacturas. Tal es el artículo 10. de la ley votada, el cual da una idea suficiente de los otros.

Ese artículo se votó el 22 de Diciembre de 1922, por 89 votos contra 83 y nueve en blanco. El conjunto de la ley, que en sus artículos da ciertas pequeñas ventajas a los franceses, fue aceptado por 89 votos contra 85 y siete en blanco; esto es, con sólo 4 votos de mayoría.

Si en Flandes no existieran sino los flamencos de lengua flamenca, no habría dificultades. Podría admitirse que la Universidad fuera completamente flamenca. Pero en Flandes hay una fuerte minoría, sobre todo entre las clases noble, rica y burguesa, que no habla sino francés. Según los diarios belgas de lengua francesa, esa minoría pagó los platos rotos.

Véase lo que escribe La Libre Belgique, el gran cotidiario de Bruselas que se distingue por su mesura y su equilibrio, y que ha sostenido siempre las reclamaciones legítimas de los flamencos: "El camino del exclusivismo, del dogmatismo regionalista, de la intransigencia flamenquizante, no conducirá sino a la perpetuación de la discordia. Si los flamenquizantes creen poder vencer la resistencia de la minoría francesa en Flandes, se equivocan, a despecho de todos los votos del mundo. Los flamencos "flamenquizantes" tienen derecho a su enseñanza universitaria en flamenco para quienes así la quieran, pero no pueden imponer por la fuerza esa enseñanza en flamenco a quienes la desean en francés, cosa de que han gozado hasta ahora y que, felizmente, no desean imponérsela a otros".

Todos los partidos se dividieron al votar esa ley. Los liberales en mayoría, votaron contra ella. Los descontentos esperaban la revancha en el Senado. Y acaban de obtenerla. La Alta Cámara ha rechazado por una inmensa mayoría el proyecto de flamenquización de la Universidad de Gante. Pero no por eso la lucha será menor, y el país permanecerá dividido.

El alquimista de Querétaro

Juan Dorcieres

(Recuerdos de un estudiante en viaje).

ME habían dicho en México: "Cuando vaya usted al país de los ópalos, no deje de hacer una visita al alquimista de Querétaro, su ilustre compatriota el Profesor Merlín."

De una vez emprendí el viaje, con el solo fin de ver a ese hombre. Entre todos los cazadores de quimeras que he conocido en el curso de mi carrera de trotamundos, éste ha sido el más extraordinario. El viaje vale la pena... Y qué viaje: más fastidioso! Siete largas horas de ferrocarril para recorrer los 269 kilómetros que separan de Querétaro la capital mexicana. El paisaje es poco variado: inmensas soledades en cuyas alturas crece una hierba tísica. Vastos rebaños de bovinos anémicos recorren sólo esas pobres regiones. En los bajos y sobre los terrenos menos cascajosos, hay algunos campos de trigo, de cebada y de maíz. Lamentables chozas

de indios se ven al borde de arroyos pasimónicos y raros. Por todas partes es el desierto.

A veces un indígena perdido en esta inmensidad laza al galope su caballo para entablar por un instante, lucha de velocidad con nuestro tren.

En ciertas cañadas, muy encajonadas y rocosas, los nopales, los cactus y los ágaves, toda la fantástica flora mexicana, se levanta con todas sus erizadas púas; las chamberas, con sus largos vástagos como cirios, forman largas líneas de las apretadas y gigantescas, coronadas por momentos de grandes acantos circunflejos; los cuervos. Estos pajarracos trazan sobre el cielo interminables órbitas; algunos de ellos, perchados hieráticamente sobre algún árbol seco, nos miran pasar, a veinte metros, sin conmoverse ni burlar.

Estamos en diciembre: el tren está colmado de peregrinos que regresan de Nuestra Señora de Guadalupe, en los alrededores de la ciudad de Méjico. Algunos necesitan de varios días de viaje para llegar a sus casas. ¿Qué horribles olores en estos vagones, aún los de primera clase! Y qué poco bullangueros son estos indios; hablan a media voz, y parecen absortos en sus sueños místicos!

Hechos aquí por fin en la histórica Querétaro, la ciudad de Maximiliano de Austria. Uno se creería en una de esas soporíferas subprefecturas de Francia en que jamás ha pasado nada. Las casas bajas, con un solo piso al nivel de la calle, todas parecidas: parecen cajas de cartón amontonadas.

El monumento de la "corregidora" es pretencioso. Pero cuántas iglesias! Hay una al voltear de cada esquina, y también ellas se parecen unas a otras con sus cúpulas redondeadas y su mal gusto español. El Estado de Querétaro es uno de los más devotos de la devota República. No hay nada más que iglesia y conventos, de esos conventos que sudan enojo y fastidio por todos sus paredones, por todas sus ventanas enrejilladas. Están bien en armonía con el conjunto, sobre todo en este día gris de invierno, un tanto frío.

Desde la estación me veo asaltado por indígenas que quieren venderme ópalos, turquesas y amatistas que se encuentran en grande abundancia en las montañas de los alrededores, del lado de San Juan. Pero para qué he de comprar aquellas gemas, puesto que voy a hacer una visita al hombre para quien tales piedras no tienen secretos y que, según me han asegurado, las fabrica a su gusto en sus retortas diabólicas, más grandes y más bellas y hasta más naturales que las naturales!

Le digo a un joven indio que me ofrece humildemente una media docena de ópalos mediocres alineados sobre un pedazo de terciopelo negro sobre la cuenca de su mano, y me hago conducir por él al Colegio Civil, donde cuento con encontrar al hombre a quien busco.

El colegio está alojado en un antiguo convento de jesuitas confiscado en la época de la "reforma", y que conserva la fisonomía de antaño. Sus salas son abovedadas, sombrías y severas. Los claustros, bajo los cuales los alumnos pasan sus recreos, tienen también el aire completamente monacal, y esa austeridad está apenas desarrugada por un jardincillo interior embalsamado por azahares y violetas. Ante todo se me hace admirar los calabozos, en número de ocho, en los que se encierran, a veces por una semana, a los alumnos recalcitrantes. Son los tales, reductos sin luz y sin otro mueble que un banco de piedra contra el muro gris. Los parientes de los delinquentes le traen la comida, y éstos últimos permanecen emparedados allí adentro desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche.

A los profesores del colegio se les retribuye muy mal: cuarenta pesos por mes... y sin vacaciones! Ese es el salario del ilustre sabio a quien voy a visitar.

A petición mía, el conserje del establecimiento va a requerir al señor Profesor Merlín mientras yo espero en el salón.

Al cabo de pocos minutos entra un viejo alto, de aspecto distinguido y cuidadosamente aseado. Sus ojos son lo más

notable: ojos azules, profundos y meditativos; esos ojos especiales de los hombres que han escrutado por largo tiempo los arcanos de las cosas; ojos como han debido tenerlos los grandes solitarios del Egipto y de Tebaida en los primeros siglos de la Iglesia.

Mientras me tiende la mano y su mirada viene al encuentro de la mía, una corriente de simpatía nos envuelve a los dos: nos parece que nos hemos conocido toda la vida.

—Voy a dar tarea a algunos alumnos que iban a quedar bajo mi vigilancia en el momento en que usted me hizo llamar —dijo— y volveré en seguida a su encuentro. Es tan raro que reciba la visita de un compatriota! Es un placer inmenso para mí.

Sólo de nuevo en el salón austero, rememoro lo que sé de este hombre extraordinario.

Va pronto a hacer cuarenta años que este lorenés salió de su patria para venir a buscar fortuna a las Américas. Primero fue minero en los Estados Unidos; después en Méjico, pero por poco tiempo: se dedicó en buena hora a la Grande Obra, y vino a instalarse con sus libros, sus retortas y todo su tren de alquimista, en esta casucha de Querétaro que habita todavía.

UN NUEVO DOCTOR FAUSTO

Allí, en la paz profunda de su retiro, trabaja sin descanso en la búsqueda de la piedra filosofal, renovando así la carrera del Doctor Fausto, con quien se ha identificado mejor que ningún otro hombre en el mundo; tan perfectamente que Mefistófeles, si existe, llegará a equivocarse algún día si llega a verle.

Durante ocho años permaneció encuevado en su laboratorio, sin poner jamás un pie fuera y sin que nadie hubiera penetrado en su antro, ni aún el joven indio que le servía. Ocho años de investigaciones apasionadas, ardientes, tan variadas que los años pasaban como horas y el cenobita había perdido la noción del tiempo.

Un día su mejor amigo vino de Méjico a verle; descubrió tras laboriosa pesquisa el refugio del alquimista, y quiso sacarlo de esa existencia de emparedado voluntario. Merlín se negó rotundamente: proseguiría sus queridos experimentos, aún cuando hubiera de pasar por loco.

Con la mejor fe del mundo, el amigo aquel creyó que Merlín había perdido el juicio, y resolvió salvarlo si aun era tiempo. Fue a ver al gobernador de Querétaro y le contó toda la historia.

El gobernador, hombre noble, se conmovió vivamente con el relato de aquella aventura, y resolvió intervenir sin demora. Por orden suya un piquete de la guardia se dirigió inmediatamente al domicilio de Merlín y ordenó al recluso presentarse sobre la marcha al palacio de gobierno.

El alquimista tuvo que obedecer; en la calle tambaleó ante la luz del sol mexicano, él, que no había visto el sol desde hacía mucho tiempo; los soldados tuvieron que agarrarle muchas veces por los hombros para impedirle una caída.

Lo que fue aquel interrogatorio, sólo el cenobita podría decirlo, porque el gobernador murió hace tiempo. Y los resultados de la entrevista no se parecieron a los que esperaba el amigo complaciente; pues lejos de declarar loco al buscador de la piedra filosofal, el gobernador le confió la educación de sus dos hijos y lo nombró profesor del Colegio Civil, donde nuestro hombre enseña lenguas vivas: inglés, francés alemán, que posee a la perfección, como yo pude comprobarlo de auditó.

—Excúseme usted por haberlo hecho esperar tanto tiempo! me dijo gentilmente el profesor al regresar al austero salón. Me pongo a sus órdenes ahora, y me sentiré encantado de servirle de guía a través de esta buena ciudad de Querétaro, mi patria adoptiva.

Por callejuelas estrechas, hediondas con los vahos del

palque, la bebida nacional mexicana, mi guía me condujo al museo de la ciudad. Ese Museo Histórico, bien pobre por cierto, está alojado en una riancha del palacio de gobierno, bien pobre también está; se compone de una sola sala en que se han recogido los recuerdos del desgraciado emperador Maximiliano. Allí se ve el bardo atado de madera en que fue recogido el cadáver después de la ejecución. En el fondo de esa caja, a la altura del pecho, una gran mancha negra de sangre es visible todavía. El fúnebre despojo está verticalmente colocado dentro de una vitrina construida especialmente para guardarlo, y encima de él se ve el retrato de Maximiliano, entre los de sus dos Jueces Generales, Miramón y Mejía.

Más allá una fotografía cuya autenticidad es dudosa, representa a los tres martires un minuto antes de la ejecución: Maximiliano, muy alto y muy rubio, de puro tipo germánico; a sus lados, los dos Generales mejicanos, pequeños y negri-chos. Los soldados están prontos a hacer fuego, y el Emperador, en una postrera coquetería de buenmozo, recomienda al pelotón no desfigurarle el rostro:

— ¡Hijos míos, cuidado con la cara: apuntad bien al pecho!

Aquí está la mesa al rededor de la cual se sentaron los miembros del Consejo de Guerra; el tintero de cobre, de estilo imperio, que sirvió para firmar la sentencia de muerte, está también allí, al lado del libro que sirve ahora para que los visitantes escriban su nombre.

— No quiere usted ir al Cerro de las Campanas? Fuera de los recuerdos de Maximiliano, aquí no hay nada que merezca la atención. Vámonos, pues, a ver el Cerro de las Campanas!

Yo tenía muchas ganas de decir a mi guía que su propio museo personal me interesaba tanto o más que las reliquias del efímero emperador, y la piedra filosofal mucho más que el montículo que vio el fin del Imperio; pero temí disgustarle, y le hice creer que aceptaba su proposición con entusiasmo.

— Vámonos, pues, al Cerro de las Campanas, repuse como en eco.

Yo sabía, de antemano, que el cerro no estaba lejos. Se sigue el curso del riachuelo fresco y sembrado, que sería encantador sin las inundaciones que ensucian sus orillas. Además de basuras, hay allí carroñías de caballos despojadas por los perros vagabundos y los pájaros de presa.

EL CERRO DE LAS CAMPANAS

Pronto divisamos a nuestra izquierda, apenas a veinte minutos de la ciudad, una pequeña eminencia rocallosa, de aspecto silencioso en aquel día de cielo gris: ese es el Cerro de las Campanas. A lo sumo tiene diez metros de altura, y de medio lado se levanta la capilla, muy grande, pero severa y sin adornos. Se sube por unos veinte escalones tallados en granito rojo, a la boca de entrada que un guardián viene a abrir: un indio que vive en la choza pegada a la sombra de la capilla.

Entramos. Ante el altar se levantan tres pequeñas columnas de marmol blanco y de un metro de altura: ellas señalan el lugar preciso en que cayeron los héroes del sombrío drama de hace 51 años. Paz silenciosa reina en esta morada solitaria.

De lo alto del montículo, detrás del santuario, se domina el fértil valle, admirablemente cultivado. Los indios están en vía de hacer las siembras, y desgranar el maíz sobre los barbechos. El verde oscuro de los plátanos sirven de marco a los finos amarillos y rojos de los follajes de las hayas, tocados por el lavisco. Al borde de la ciudad se extiende en una especie de gran anillo de plata, con sus múltiples iglesias, sus jardines y sus casitas pintadas de tonos claros, rojos o azules.

Tal es el panorama que se desarrolla ante nuestros ojos; el mismo que vio el último que vio aquel hombre, venido a buscar un trono y que no halló sino un ataúd. Ciertos mejicanos viejos, y testigos del drama, me han afirmado que el Emperador estaba convencido, hasta el último instante que no lo fusilarían a él, sino sólo a sus Generales, para ejemplo.

Hablando del pobre Máx, regresamos a la ciudad, siempre a pie, y entonces me escucio por hacer conocer la conversión sobre lo que más me interesa: la piedra filosofal.

— ¿Cómo llegó usted a trabajar en la Grande Opera?

— Todo minero avisado no llega a eso naturalmente? me respondió. También es cierto que una multitud de geólogos, investigadores oscuros, se dan casi en todo el mundo a la busca de la solución del Gran Problema de los Siglos: la transmutación de los metales o, si usted prefiere, la génesis de los metales y de las gemas.

Una vez en el camino de las confidencias el maestro ya no se detiene; y yo, con todo el entusiasmo de un neófito, le escucho contarle las veladas ansiosas ante sus hornos y sus retortas, sus grandes esperanzas deshechas, su perseverancia inagotable, y luego, su triunfo reciente, después de tantos años de labor. Ha sorprendido el secreto de la naturaleza, y tal secreto, dice él, es muy sencillo.

— Todo es sencillo en la naturaleza, me afirma con tono doctoral el viejo profesor.

Pero ya hemos regresado a la ciudad. Mi guía quiere llevarme a casa de uno de estos talladores de ópalos tan numerosos en Querétaro. Llegamos a la parte alta de la villa, a los barrios antiguos, un dedalo de calles tortuosas en que se amontonan las casas bajas, la mayor parte de adobe; los indígenas nos siguen con sus miradas más bien hostiles.

— Sería peligroso aventurarse por aquí de noche, declara mi compañero.

Hacemos alto ante una puerta-ventana vetusta, en la que mi cicerone larga una patada.

— Así es como se anuncia uno aquí, me explica.

Hay ruidos de trastes en el interior. Un muchachito viene a abrir y penetramos en una pieza de techo bajo, que no es otra que el taller.

EL TALLER DE UN MERCADER EN OPALOS

Extraño taller! El dueño y señor, hombre gordo de unos cuarenta años, está acostado en medio de la pieza, sobre un petate en que ronca de lo lindo. Una parvada de pollitos, bajo la vigilancia de la gallina que cloquea, salta por todas parte, y aún uno de ellos tiene la insolencia de treparse sobre la cabeza del durmiente y enredarse las patas en la espesa melena de erines negras.

El hombre debió haber hecho la víspera fuertes libaciones de pulque. Le despertamos (son las once) y, después de las zahumerías a rigor en México, mi guía le habla de negocios, es decir, de ópalos.

Los cuarenta pesos que cobra el señor Merlín como profesor del Colegio Civil no le bastan para la vida, como es fácil pensarlo, y en estos tiempos de vida cara el viejo lorénés ha tenido que buscarse otras entradas. Además de dar lecciones privadas en la ciudad, trafica en antigüedades mejicanas, cuadros, bordados, ídolos antecos etc., que vende a los anticuarios de los Estados Unidos.

También compra ópalos a los lapidarios del país, y es por esa razón que ahora está en gran discusión con el indio tallador de gemas, acerca del precio de algunos ópalos.

Me aprovecho de esto para inspeccionar el extraño taller. En un rincón, por el suelo, un montón de pequeñas guijarros vidriosos que parecen de cuarzo: son los ópalos aún no tallados y en los que de un lado se muestra la ganga roja en que la naturaleza los encierra. En el montón se encuentran también pedazos de vidrio, tejos de vidrio rojo o azul, que se venderán a los profanos y legos por rubíes y zafires.

Los muchachones están precisamente en vías de trabajar, sentados cada uno frente a un especie de ruca que recuerda las de nuestras apaches, y casi en la parte de atrás de ellas da vueltas una pequeña rueda de esmeril. El pequeño fragmento de roca que se trata de pulir está sujeto a la extremidad de una varita, por medio de un poco de cera o lazo, y el obrero presenta así el ópalo a la rueda. Es este un arte que no

tiene nada de fácil. Mi gafa me explica, en efecto, que si uno le ha dado muerte; la piedra se quebrará antes de poco. Bien tallada, tendrá más vivos y brillantes resplandores y durará indefinidamente, sobre todo si se tiene la precaución de acedarse o de engrasarla de vez en cuando.

Admirámonos algunos ejemplares de bellísimas aguas. Sin embargo, la mayor parte son mediocres y no presentan ni el bello color lechoso de los ópalos de Bohemia, ni la sombría magnificencia de los ópalos de Austria. Los ópalos mejicanos son muy transparentes y por tanto, a veces alcanzan altos precios. Mi compañero no expide a los lapidarios de los Estados Unidos, ninguno que no valga lo menos de dos a trescientos dólares; no hay que decir que él no encuentra todos los días, ni aún recorriendo de vuelta y media todos los talleres de Querétaro, piedras dignas de ser compradas.

Como el amo y señor de aquella casa no tenía nada bueno aquel día, pronto le dejamos; pero una pregunta me quemó los labios: puesto que Merlín tiene poder para fabricar ópalos, porqué los compra naturales? Me prometió interrogarle sobre eso a la primera ocasión.

—Ahora vamos a casa; quiero mostrarle mi museo, me dice el maestro mientras me guía por las callejas soñolientas hasta los confines de la campiña. Es la hora del aperitivo y tengo en casa un vino blanco que me viene directamente de Francia y del que usted me va a dar su opinión!

LA CASA DEL ALQUIMISTA

En el barrio más apacible de este apacible Querétaro, allí está la casita del brujo, semejante en todo a las de los indios, pero más limpia solamente; de una limpieza metódica desconocida en México.

Desde el umbral uno se ve acogido por las sonrisas de las flores. Hay por todas partes flores en esta morada; flores vivas, en sus vasos de formas extravagantes y caprichosas. Las hay sobre todos los muebles, en el corredor, en el patio; el aire está allí completamente embalsamado; el ojo está de fiesta desde el momento en que llega a acostumbrarse a la penumbra violeta de aquel ambiente, en medio de la cual estallan de repente los colores vivos de preciosas orquídeas.

La pieza principal de la casa está consagrada al museo. Muebles extranjeros hacen ver allí su panza redonda, y sobre ellos se pican, codeándose, toda clase de objetos, en un desorden que aturde. Los horribles ídolos toltecas ostentan allí su desnudez inocente y hacen guiños a las numerosas vírgenes de Guadalupe, de dulce sonreír beatífico; los emblemas impúdicos son allí vecinos de los crucifijos de marfil antiguo, las pieles de culebra cascabelera, de los lagartos rellenos de paja y los caparzones de los armadillos. A pesar mío evoco al doctor Fausto y su laboratorio mágico, y busco con los ojos el gozque lanudo que de repente va a transformarse en Mefistófeles. Pero allí no hay ningún gozquecillo, sino una indiecita muy joven y de aire idiota, que va y viene como una sombra por toda la casa, silenciosamente.

—Esta es mi criada, dice el maestro. Es muda. Desde veinte años hace que habita esta casa, siempre he tenido sirvientas mudas. Así estoy seguro de que ellas no revelarán mis secretos y que no irán a venderse a los gringos!

Sus secretos? Va el alquimista a hablarme al fin de sus descubrimientos? Me muestra una puerta disimulada por un tosco tapiz: allí está su laboratorio, tras esa puerta; ese laboratorio en que él permaneció ocho años encerrado, y donde nadie ha penetrado nunca, nadie más que él, ni aún su criada muda!

EL LABORATORIO DE LOS SECRETOS

Mi huésped desaparece de repente durante algunos segundos y re-entra con una botella y dos vasos, que coloca sobre la mesa ante la cual tenemos asiento.

—Pruebe usted este Graves! Lo conservo hace veinte años

y no sako una botella de la barrica sino en las grandes ocasiones. Hace mucho tiempo que no tenía la visita de un compatriota!

Le doy las gracias y me esfuerzo por traer de nuevo sobre el tapete la cuestión de la Grande Obra. Podrá el vino de Francia desatar la lengua de mi anfitrión?

—Su museo es una maravilla, maestro, le digo; pero en él no veo nada que recuerde su preocupación principal: nada de gemas ni de metales preciosos; ni siquiera un ópalo; nada de probetas, ni de alquitara... ningún instrumento de trabajo.

—Todo eso está en mi laboratorio, me responde gravemente.

—No me va usted a decir nada de sus investigaciones, a mí, que lo he venido desde tan lejos sólo para verlo?

—Qué he de decirle, mi querido colega? Se necesitarán volúmenes para consignar los resultados de mis vigiliat. Bástete que le confie, sobre esto asunto tan interesante como es la génesis de los metales y de las gemas, la idea general a cuya deducción llegué: los minerales son seres vivientes, lo mismo que las plantas. Las rocas segregan los metales y las gemas del mismo modo que algunos árboles segregan la resina; mejor dicho, esas gemas y esos metales son frutas, verdaderas frutas de las rocas. Y bien, uno puede provocar y apresurar la madurez de esas frutas. Hasta se puede fecundar las rocas con los óxidos y hacerlas producir sus frutas. Así es como yo he llegado a obtener ópalos magníficos!

—Pero entonces, le interrumpí; porqué compra usted todavía ópalos a los indios?

—Mis utensilios y herramientas no están todavía muy perfeccionados, me explica. Jamás he tenido el dinero suficiente para instalar un laboratorio suficiente. Y sin embargo, qué bellos resultados he obtenido ya! Mire, he llegado a convertir un bloque de carbón en un bloque de hierro.

—Por medio del calor y la presión? Y procedió usted de la misma manera respecto a los ópalos?

—Sí; pero por supuesto, hay que fecundar la roca.

En este mismo momento, como si temiera haber dicho demasiado, mi huésped sirvió otra copa para los dos y tomando un aire distraído trató de hablar de otra cosa, como si hubiéramos podido pensar en otra cosa él y yo en aquel instante!

—Y cuando usted muera, qué van a hacerse sus maravillosos descubrimientos? exclamé.

—No será la primera vez que la piedra filosofal se encuentra y vuelve a perderse, me dijo; pero en realidad es una gran lástima. Algunas veces, sabe usted, siento violentos deseos de partir para Nueva York para dar a conocer allí mi invención. Sería fácil interesar a algún multimillonario americano, formar una sociedad anónima con poderoso capital, y entonces, qué hermoso laboratorio podría construirme! Y qué utensilios modernos y perfeccionados, en vez del mal cuartucho y de los instrumentos primitivos que tengo aquí!

—Y porqué no va usted a Nueva York.

—Pues porque... me contesta como un verdadero mejicano, suspicaz y envidioso de los poderes vecinos del Norte; pues porque, usted ve, querido colega, conozco a guisa de bien a los gringos. Ellos se los compondrían muy fácilmente para robarme mis ideas y apropiarse mi invención. Y antes que dejarme despojar por esa gente, prefiero llevarme a la tumba mi secreto.

—Y porqué no va usted a Francia?

—La Francia está demasiado lejos... y yo no he vuelto allí desde cuando la abandoné, pronto hará cuarenta años. Además, no olvide usted, amigo mío, la acogida tan fría que me hace en nuestra tierra a los inventores; se olvida muy fácilmente este dicho de un gringo acerca de nosotros los franceses: "No hay nada igual a la labilidad de los franceses para imaginar inventos, como no sea en imaginación para olvidarlos". No, no iré a Francia. Y sin embargo, con cuánta emoción voy a ver mi Lorena nativa! Usted puede vivir allí sin trabajo, pues que somos compatriotas!

Al recuerdo de su país, el hombre tuvo un ligero temblor en la voz; un aire tal de pesadumbre y de tristeza invadió de repente todo su ser que me pareció sumamente viejo, extremadamente quebrantado, a pesar de ese latigazo que había debido darnos ese exquisito vino francés.

Nos separamos con muchísima pena, con ese pinchazo en el corazón que sienten las personas que comprenden que no se volverán a ver jamás en esta vida y encuentran toda clase de pretextos para retardar aún por un minuto su separación definitiva.

Varias veces he intentado regresar a Querétaro. Las vicisitudes de la revolución mexicana, que se ha eternizado, me lo han impedido siempre. No he vuelto más a ver al hombre que guarda el secreto de la piedra filosofal.

Juana de Ibarbourou

Editorial Gervantés

ESTA insigne poetisa del Uruguay, país que ya dió al mundo una mujer poeta de la calidad de Delmira Agustini, nació en Melo, capital del departamento del Cerro-Largo, en 1895. Su padre es español. Su madre pertenece a una antigua familia del país, pero desciende asimismo de españoles, ya que su tatarabuelo fue un oficial andaluz que llegó a América acompañando a don Pedro Melo, el fundador de esa vieja ciudad. La educación de Juana de Ibarbourou llevóse a cabo en convento religioso, donde ya comenzó a apasionarse por la lectura, afición que fomentaba, proporcionándole libros de su biblioteca, una inteligente profesora suya. A los diez y siete años la ilustre colegiala abandonó el colegio, y un año después contrajo matrimonio con un comandante del ejército de su patria. En 1917 trasladóse con su esposo y su hijo—preciosa criatura, en la actualidad de siete años—a Montevideo, donde residen.

Dióse a conocer siendo casi una niña, con algunos cuentos y versos ingenuos, que publicaba en periódicos secundarios, de su país, y ya casada publicó nuevas poesías en *La Razón*, de Montevideo, poesías que fueron acogidas con general admiración. Trató después de reunir en un libro sus versos, cosa que consiguió pasado algún tiempo, gracias al respetuoso interés de los escritores Vicente A. Salaverry, que la había presentado con los honores debidos, y Manuel Gálvez, que quiso ensalzaria, escribiendo un prólogo a su primer libro. Salíó por fin esa obra bajo el título *Las lenguas de diamante*, y se impuso desde el primer momento como algo excepcional. En 1920 apareció el bello libro en prosa *El cántaro fresco*, y en el mismo año una pequeña selección de poesías—algunas de ellas inéditas—avaloradas por un breve juicio de Miguel de Unamuno. Actualmente tiene terminada una nueva serie de poesías titulada *Raíz salvaje*, trabaja en unos libros para niños y colabora en un sin fin de revistas de la América española.

Acercas de *Las lenguas de diamante* dice Manuel Gálvez, el ilustre prologuista: "Juana de Ibarbourou no revela por ahora ni inquietudes, ni tristeza, ni sufrimiento. En sus versos el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural. Se ama en este libro con pasión y alegría, y, excepcionalmente, con cierta gravedad como de rito religioso. A veces asoma en ciertas páginas un poco de dolor o de pesimismo, pero hay tanta juventud y tanto entusiasmo en las restantes, y aun en aquellas mismas, que, en el conjunto, pasa inadvertida la intención. La amada de este libro habita con ingenuo y casto impudor—si es posible unir estas dos palabras—de su cuerpo moreno, de caricias ardientes, de deseos. Pero no contiono el volumen, sin embargo,

verdadero sensualismo. Felizmente carece de impureza, y la voluptuosidad es en él escasa. Todo está dicho con dignidad, noble y bellamente, y no creo que pueda despertar en ninguna alma pensamientos impuros." Luego añade: "Tampoco muestran refinamiento los versos de Juana de Ibarbourou, ni nada de enfermizo ni de psicológicamente complicado; hay en ellos demasiada salud física y moral, para todo esto. Es, en suma, un libro pagano, y si no fuera por su entusiasmo y por cierta nerviosidad de la línea, diría que helénico, de un helenismo, no me tropolitano, sino de un helenismo de las colonias del Mediterráneo, de una Sagunto o una Partenope."

Hace luego resaltar Manuel Gálvez el "orientalismo" de la obra y prosigue diciendo: "Pero todos estos detalles no bastan para disminuir en un ápice su esencial característica: la de expresar bellamente un sentido natural del amor y de la vida. La amada se mezcla con la naturaleza. Así la luz que palpita en sus ojos llega a hermanarse con la tarde dorada; siente una fragancia que no sabe si sube del frescor de la hierba o si se eleva de su alma; quiere que cuando esté muerta, bajo tierra, el amante le arroje semillas de lirios, para que eursacen en sus huesos y poder subir ella por la escala de las raíces vivas a mirar al amante desde las flores. En todo momento está presente la naturaleza, pero no como simple testigo, sino como personaje esencial del cuadro. Se diría que los mismos amantes no son sino un detalle dentro de la naturaleza." Y luego: "La amada y el amante de este libro se quieren del mismo modo que las plantas crecen y que las flores exhalan sus aromas: sencillamente, naturalmente, sin la conciencia, tal vez, de que se quieren, sin el más mínimo intento de analizarse. Ellos no parecen tener ninguna sospecha de lo que el mundo llama impudor, y hacen pensar en Dafnis y Cloe."

Y termina diciendo:

"Para concluir afirmaré que este primer libro de Juana de Ibarbourou constituye un acontecimiento en la literatura americana. Es una nota nueva, personal, interesantísima. Es la obra de eso tan escaso, sobre todo entre nosotros—y tan necesario y admirable en todas partes—, que se llama un poeta."

Esta clarividente opinión la comparte también Miguel de Unamuno.

La poesía de Juana de Ibarbourou nos atrae por su sinceridad extraordinaria, por su vigorosa naturalidad, porque aun en sus conceptos más osados hay una inmensa generosidad sentimental. Nos atrae porque todo en ella está expresado con la concisión con que se expresa la llama, que, necesitando un espacio exiguo para arder, lleva su luz, el no al infinito—que sólo puede alumbrarlo una llama espiritual—, a una distancia relativamente grande. Nos atrae porque es bella siendo espontánea—lo que equivale a decir que es personal—; porque es, en fin, verdadera poesía.

La cuerda más característica de Juana de Ibarbourou es la lídica, pero nos conmueve también, ya en algunas bellas frases lúgubres, ya en ciertos toques amargos de tedio, de descontento fugitivo, de pesadumbre en el alma. Otra de sus más altas cualidades es su aguda sensibilidad frente a las cosas, su intensa visión realista, de que son muestra poesías como *Eajo la lluvia*, o bien como *Melancolía*, en la que se reúnen las dos últimas modalidades.

Un riesgo tiene esta poesía: los imitadores—o imitadoras—. ¿Qué será la poesía de los que, sin las altas cualidades de Juana de Ibarbourou, se atrevan a imitarla?...

Hemos escogido para esta obra las más bellas poesías de *Las lenguas de diamante* y hemos completado la selección con algunas poesías idélicas de indiscutible valor.

Nos complacemos en dar a conocer en España y en la América española, donde, aparte de su patria, es aún casi desconocida, a esta tan notable poetisa de raza española.

Poesías de Juana de Ibarbourou

LA HORA

Tómame ahora que aun es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora, que en mis labios replica la risa
Como una campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!!

Que entonces inútil será tu deseo
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aun es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mística la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh, amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

MELANCOLIA

La sutil hilandera teje su encaje obscuro
Con ansiedad extraña, con paciencia amorosa.
¡Qué prodigio si fuera hecho de lino puro
Y fuera en vez de negra la araña, color rosa!

En un rincón del huerto aromoso y sombrío
La velluda hilandera teje su tela leve.
En ella sus diamantes suspenderá el rocío
Y la amarán la luna, el alba, el sol, la nieve.

Amiga araña: hilo cual tú mi velo de oro
Y en medio del silencio mis joyas elaboro;
Nos une, pues, la angustia de un idéntico afán.

Mas pagan tu desvelo la luna y el rocío.
¡Dios sabe, amiga araña, qué hallaré por lo mío!
¡Dios sabe, amigo araña, qué premio me darán!

EL DULCE MILAGRO

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas, a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos, y en ellas,
¡Oh, gracia! brotaron rosas como estrellas.

Y voy por la senda voceando el encanto,
Y de dicha alterno sonrisa con llanto,
Y bajo el milagro de mi encantamiento
Se aroman de rosas las alas del viento.

Y murmura al verme la gente que pasa:
—¿No véis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dico que en las manos le han nacido rosas
Y las va agitando como mariposas!

¡Ah, pobro la gente que nunca comprende
Un milagro de estos y que sólo entiende
Que no nacen rosas más que en los rosales
Y que no hay más trigo que el de los trigales!

Que requiera líneas y color y forma,
Y que sólo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice:—Voy con la diuizura,
De inmediato buscan a la criatura.

Que me digan loca, que en celda me encierran,
Que con siete llaves la puerta me cierren,
Que junto a la puerta pongan un lebrél,
Carcelero rudo, carcelero fiel.

Cantaré lo mismo:—Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas, a mis dedos crecen.
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia,
De un inmenso ramo de rosas de Francia!

THAIS, SANTIFICADA

Bendita la herida que llaga mi planta,
Bendita la angustia que borró mi risa;
Mi boca es más pura desde que no canta
Y mis pies llagados andan más de prisa.

Bendita la saya de burda arpillera
Que en mi piel dibuja pardas rozaduras;
Hoy soy más dichosa que lo que antes era
Entre mis tapices y mis colgaduras.

Benditos los negros brazaletes largos
De la cuerda ruda que hirió mis muñecas;
Me saben a mieles los jugos amargos
Y en éxtasis beso mis dos manos secas.

Carroña yo he hecho del cuerpo menguado
Que con siete inmundos chacales dormía.
Los siete chacales rojos del pecado
Que paseé triunfante por Alejandría.

Estiércol yo he hecho de la carne loca
Que en largas orgías fatigó su nardo,
¡Y hoy un lirio de oro floreció en mi boca,
Y a mis pies, sumiso, se ovilló un leopardo!

A mi alma pura por la penitencia,
Ha llegado el soplo claro de la gracia.
Y un rosal se eleva de mi pestilencia
Y un halo corona mi cabeza lacia!

LA INQUIETUD FUGAZ

He mordido manzanas y he besado tus labios.
Me he abrazado a los pinos olorosos y negros.
Hundí, inquieta, mis manos en el agua que corre.
He hurneado en la selva milenaria de cedros
Que cruza la pradera, como una sierpe grave.
Y he corrido por todos los pedrosos caminos
Que ciñen como faja la ventruda montaña.

¡Oh, amado, no te irrites por mi inquietud sin tregua!
¡Oh, amado, no me riñas porque cante y me ría!

Ha de llegar un día en que he de estar quieto.
¡Ay, por siempre, por siempre!

Con las manos cruzadas y apagados los ojos,
Con los ojos cerrados y con la boca muda,
Y los pies andarreros en reposo perpetuo
Sobre la tierra negra.
¡Y estará roto el vaso de cristal de mi risa
En la gileta obstinada de mis labios cerrados!

Entonces, aunque digas "¡Anda!", ya no andaré,
Y aunque me digas "¡Canta!", no volveré a cantar.
Me iré desmenuzando en quietud y en silencio
Bajo la negra tierra,
Mientras encima mío se oír zumban la vida
Como una abeja ebria.

¡Oh, déjame que guste el dulzor del momento
Fugitivo e inquieto!

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
Se te oprima a los labios!

Después serás cenizas bajo la tierra negra.

Noticias mundiales

Juan Rivera R.

POLITICA YANKEE

Según el eminente historiador Mr. Tyler Dennett, Profesor de la Universidad de Johns Hopkins y perito en asuntos del Lejano Oriente, ha sido la agresión la característica saliente de la historia de la política de Estados Unidos en el Este de Asia. Los objetivos norteamericanos se han alcanzado por medio de la intimidación y la agresión territorial. Esuchemos a Mr. Dennett:

"No se reconoce aún, pero es estrictamente la verdad, que

los norteamericanos no gozan en el Este de Asia de ningún privilegio que no haya sido alcanzado en su origen por medio de la intimidación o por la agresión territorial. Por una doctrina ubicuitaria nos hemos beneficiado de las agresiones territoriales de otras potencias y de las adquisiciones que hemos hecho por nuestra propia iniciativa".

"El Comodoro Perry izó la bandera norteamericana en las Islas Bonin, hoy reputadas como parte del Japón; y estaba preparado para izarla en las Low-Chews y descaba verla también en Formosa, toda la cual es hoy territorio japonés".

"Dos años después de la salida de Perry del Asia, se izó la bandera norteamericana en parte de Formosa, lo que contó con la simpatía de todos los representantes diplomáticos norteamericanos y los oficiales de la marina; hasta el pacifista Harris descaba adquirirla, aunque por compra, para "engrandecer el carácter de protectorado" del tratado existente entonces con China. El Secretario de Estado, Mr. Seward, pedía y casi que exigía que se permitiera a los Estados Unidos una campaña de conquista de Corea."

"Un período de abandono siguió. El acto de Formosa fue repudiado. Sin embargo después se adquirió la Bahía de las Perlas y fueron anexados las Islas del Hawái para asegurar la primera. A esto siguió la retención de las Filipinas, tomadas a España, cuando el Presidente McKinley ordenó a los representantes norteamericanos en París que demandaran todo el archipiélago Filipino. Agruégese a esto la compra de Alaska, territorio estratégico en el Pacífico, en relación con las otras posesiones".

"Mirando el asunto desapasionadamente y sin examinar qué es bueno y qué es malo en la ética internacional, hay que llegar a la seria duda de si los Estados Unidos están dispuestos firmemente a abandonar esa política de agresión territorial. Es cierto que la observación escrupulosa de los tratados de 1922 impedirá tal política, pero la verdad es que diez años es un tiempo escaso, mucho, más corto que el transcurso de la negativa de los Estados Unidos a aceptar la toma de una isla en el Mar de la China y la toma de las Filipinas..."